

Modelos, tecnologías y procesos de autonomización de los lenguajes en el campo de los dispositivos

Juan Alfonso Samaja (CEPRODIDE, FADU-UBA)

I. De la lógica del Referente a la lógica de la Auto-Referencialidad de los dispositivos tecnológicos

De nuestros trabajos del 2007 y 2013, sobre las modelizaciones en el campo de la cinematografía, se desprende la concepción de que en tanto sólo conocemos aquello que ponemos en la realidad, todo conocimiento de ella es en verdad un conocimiento del sí mismo (un reconocerse en sus operaciones cognoscitivas). Y del mismo modo que la Ciencia accede a lo real, no excluyéndose ella misma de su objeto, sino al contrario, involucrándose en el sistema trascendental de las operaciones, por medio de lo cual la *Razón sólo descubre lo que ella ha producido según sus propios planes; que debe marchar por delante con los principios y sus juicios determinados según leyes constantes, y obligar a la naturaleza a que responda a lo que la propone, en vez de ser esta última quien la dirija y maneje* (Kant; 1957: 128), la experiencia cinematográfica se consagra verdaderamente no por haber metido la realidad en el cine, sino más bien por haber metido el cine en la realidad.

Ahora bien, esta emancipación que protagoniza el cine en relación a su primer referente (lo que hemos denominado el modelo de la conservación) no es exclusiva de la cinematografía, y se replica en el resto de las tecnologías vinculadas a los Medios de Comunicación.

Damián Fraticelli (2008) ha mostrado en su artículo sobre las transmisiones deportivas de la radiofonía argentina hasta qué punto el de pasaje del *modo transmisión* al *modo emisión* de la radio supuso un proceso de reformulación de lo referido (el contenido transmitido) según sus propios planes y operaciones que no puede interpretarse de otro modo que como un proceso de autonomización del dispositivo que elabora su propio contenido al diseñar su propia forma para discursar (Fernández, José Luis; 2008) Y si analizamos la historia de la TV, al menos en la Argentina, hasta llegar a esa etapa que Mario Carlón denomina Metatelevisión (2006), se podrá apreciar con cierta facilidad, que si el producto televisivo se origina en la noción de transmitir eventos de la realidad en vivo y en directo, es decir, hacer llegar a un televidente un evento en el que el propio dispositivo pretende anonadarse, la metatelevisión en cambio pretende transformar al dispositivo en su contenido específico, pudiendo prescindir entonces de la función referencial a la que parecen avenirse las tecnologías.

De todo esto se desprende una hipótesis que nosotros ya venimos trabajando en nuestra investigación y en la cátedra de Historia de los Medios (Universidad de Belgrano) y Comunicación Audiovisual (Universidad Nacional de Lanús), a saber: que la historia de los medios, en particular la historia específica de los dispositivos, y muy singularmente el desarrollo de los lenguajes asociados, puede ser interpretado como un proceso gradual de autonomización de las técnicas en relación al referente. Y que si en su génesis, estos dispositivos iniciales se constiuyen y consagran por un pretendido acceso privilegiado a lo real, proceso en el cual parecen o simulan invisibilizarse en relación al contenido conservado o transmitido, el desarrollo de estas prácticas discursivas, estéticas y mediáticas parece moverse desde una referencialidad estricta a unas operaciones crecientemente auto-referenciales.

Nosotros venimos desde hace varios años interpretando estos acontecimientos (que suponen un cambio en el dispositivo, tanto en la interacción como en el producto) como procesos generales de remodelización, los cuales presentan la siguiente dinámica:

1. modelado a partir de una praxis originaria.
2. Agotamiento y crisis del modelo como consecuencia del desarrollo tecnológico.
3. remodelización con refuncionalización de las prácticas anteriores con conservación restringida del modelo correspondiente.

La idea central es que esos procesos de autonomización están mediados por un cambio en el modelo con el que se conciben las operaciones posibles en torno al dispositivo específicamente en un momento y espacio determinados. A continuación presentamos los lineamientos generales de esta articulación teórica y sus principales implicancias epistemológicas y ontológicas.

I. Los límites ontológicos de lo posible en la descripción en general y de la observación científica en particular

Comenzaremos por hacer un comentario que aunque resulte obvio nos ubicará en el centro de la cuestión que aquí se quiere tratar: para poder observar un cierto fenómeno es necesario estar posicionado en un plano adecuado que haga posible la captación del fenómeno en algún aspecto posible; en otras palabras, toda captación requiere de una perspectiva determinada.

Ahora bien, de esta obviedad podemos desprender la siguiente consecuencia: asumir una perspectiva supone irremediamente abandonar otras. Esto último puede resultar contradictorio, en apariencia, pues *teóricamente* la conjunción de todos los puntos de vista hace a la totalidad de los aspectos de un fenómeno, es decir, permitiría una especie de observación total. Sin embargo esto es inviable en el plano de las prácticas; la no selección de perspectivas para la observación de un fenómeno parece producir el fenómeno que se conoce como “ruido”. De allí que el conocimiento del mundo nos pone frente a una situación contradictoria: el acceso a la verdad de cualquier fenómeno empírico parece requerir la coordinación de múltiples puntos de vista que tornan compleja la perspectiva del fenómeno en cuestión (cuanto más heterogéneos los puntos de vista, más realidad del fenómeno parece poder abarcarse); por otro lado, la no exclusión de puntos de vista parece imposibilitar la capacidad de determinación del objeto. Dicho de manera simple: parece que únicamente cuando reconozco la complejidad de lo real e intento abarcarlo desde múltiples perspectivas accedo verdaderamente al conocimiento del objeto, pero al mismo tiempo... si no escojo un punto de vista no puedo dirigir mi mirada a ninguna parte, y por lo tanto nada podré ver. Para poder mirar, debo no-mirar.

Como resultará evidente, la elección de un punto de vista permite determinar cierto nivel de realidad del fenómeno al mismo tiempo que imposibilita el acceso a otros aspectos, los cuales quedarán por fuera del radio de asimilación. Al conjunto de estos puntos de vista no seleccionados los podemos denominar el *punto ciego* de toda observación. Dada la posición de un sujeto en un cierto plano (visual o categorial), sólo se podrá asimilar la materia que concuerde con dicho plano de observación; lo que ocurra por fuera de ese plano resultará, por lo tanto, no-perceptible.

Ahora bien, todas estas reflexiones las hemos planteado en una dimensión exclusivamente físico-ópticas, pero nada impide que puedan considerarse desde el plano categorial, donde -de hecho- adquieren mayor problematicidad, como podremos advertir.

El síndrome de Lois Lane y la estrategia contra-epistémica de Clark Kent

Periodista: Christof, quiero preguntarle, ¿por qué cree Ud...que Truman nunca llegó a descubrir...la verdadera naturaleza del espectáculo?

Cristof: Aceptamos la realidad del mundo que nos presentan. Es así de simple. (The Truman Show; 1998: 1:06:03)

Quien esté familiarizado con el personaje de Superman, sabrá que uno de los tópicos claves del héroe es su identidad secreta. El asunto de la doble personalidad se presenta en casi todos los superhéroes, pero sólo en la figura de Superman/Clark Kent se nos presenta como un tema problemático. Si uno analiza rápidamente el caso de otros superhéroes podrá advertir que la mayoría de ellos cuando está en acción o bien emplea alguna máscara que les cubre parcial o totalmente el rostro (Batman, Spiderman, Linterna Verde, Flash, por citar a los más célebres) o bien sufren algún tipo de metamorfosis (involuntariamente o a voluntad) que les permite no ser reconocidos por el resto de la sociedad (El increíble Hulk, Firestorm). Superman, en cambio, no utiliza máscara ni padece transformaciones físicas significativas; su identidad secreta parece depender del uso de unos anteojos. Esto último plantea uno de los tópicos singulares y más interesantes del personaje: ¿por qué habría de funcionar la estrategia de Clark Kent? ¿Por qué Lois Lane no se da cuenta de que Clark Kent y Superman son la misma persona?

La respuesta es mucho más interesante que la justificación grosera de una licencia poética inverosímil, y se explica del modo siguiente: Lois Lane sólo observa aquello que cree que es posible, es decir, sólo busca aquello que cuadra dentro de su marco epistémico de referencia, es decir, sólo mira lo que es capaz de admitir. Para Lois Lane, en particular, Superman es una especie de semi-dios, un ser extraordinario, al cual considera como la más perfecta materialización de su hombre ideal. Por el contrario, Clark Kent personifica al hombre simplón, sin grandes aspiraciones, y originario de un pueblo de provincia, prácticamente un campesino. Lois Lane está imposibilitada de ver la verdad de Clark Kent porque se niega a creer que Superman pueda ser ese hombre ordinario, un hombre como cualquiera, y por eso mismo no ve aquello que tiene delante de sus narices; sólo ve lo que está dispuesta a admitir como mundo posible. La potencia de su plano de observación es también el límite ontológico de su modelo.

A partir de esto último, se advierte que la increíble sutileza y complejidad de la estrategia de Clark Kent, consiste en operar sobre las limitaciones ontológicas de los seres humanos que lo rodean; no se preocupa especialmente por ocultarse tras un disfraz efectivo, simplemente asume la forma misma de nuestros límites interpretativos. Somos nosotros los humanos los que disfrazamos perfectamente a Superman, porque es nuestra incapacidad de observar lo que nuestros marcos no pueden concebir lo que otorga a Superman su increíble invisibilidad.

¿Por qué hacemos esta referencia al personaje de Lois Lane? Porque nuestra situación como observadores no es realmente muy distinta: también nosotros percibimos sólo aquello que postulamos como posible. Esto significa que la amplitud de los modelos perceptuales e interpretativos son nuestro acceso a eso que denominamos la “realidad exterior”.

III. El concepto de *Modelo* en la reflexión epistemológica y metodológica

El Modelo es una representación conceptualizadora de la acción; implica una ontología subyacente y enactiva de modo tal que conduce la acción, la regula, y la circunscribe al universo de lo posible, en tanto realidad admisible y concebible. Jean Ladrière lo define del siguiente modo:

El modelo es un objeto complejo, de naturaleza ideal, considerado (al menos provisionalmente) como una aceptable representación esquemática del tipo de objeto estudiado. La teoría es un conjunto de proposiciones que describe las propiedades del modelo y permite hacer razonamientos a propósito de él.

En el trabajo del 2007 tuvimos ocasión de aportar que esta circunscripción ontológica, que implica la operación con los modelos, debe considerarse no sólo como un aspecto posibilitante, sino también como una limitación inherente. Aquello que el Modelo nos permite hacer/observar/pensar es también aquello que nos impide hacer/observar/pensar en una dirección no contemplada por el modelo actual, en el mismo sentido que ya lo hemos mencionado en este escrito (Cfr. ej. de Lois Lane y la identidad del Superman).

Por su carácter regulativo, el modelo deviene una ontologización del universo como mundo posible para el sistema de mis acciones. El mundo para mí es aquello que resulta posible a partir de mis modelizaciones, y mis modelizaciones son el todo de las acciones que me represento como posibles en ese mundo circunscripto por mis representaciones modelizadoras. (Peirce, Charles; 2012: 23)

IV. Dinámica de los Modelos en la escala individual y social

Aquí nos encontramos con una cuestión crucial: los modelos que empleamos como tales perspectivas epistémicas ¿pueden ser ampliados de alguna manera o estamos condenados a ver/interpretar siempre lo mismo? Es muy probable que nuestra respuesta inmediata sea que efectivamente los modelos están permanentemente en movimiento, y que por lo tanto nuestras perspectivas visuales y categoriales están en constante transformación. Sin embargo es importante reconocer que esta respuesta es, cuanto menos, indisociable de un contexto que ha hecho precisamente de la noción de progreso, innovación y cambio, el desideratum de toda la materia. En otras palabras, los seres humanos no han considerado ni consideran en todo tiempo y lugar que sus esquemas perceptuales e interpretantes puedan o tengan la capacidad de “mejorar”, y de hecho ha habido épocas en las que el hombre ha pensado que su sistema interpretativo era todo lo que podía ser, y una vez alcanzada su madurez el sistema llegaría a su propia meseta.

Esta evidencia de que en ciertos períodos se haya concebido de manera estática tanto a la realidad como a los modelos con que se pretende abarcarla no impide advertir que diversos períodos históricos ofrecen diferentes modelos interpretativos y por lo tanto construyen e instituyen realidades de modos muy diferentes. De modo tal que podríamos hablar de transformaciones internas al interior de un marco epistémico y doctrinario más o menos unificado (al interior de un paradigma, en términos de Kuhn), y transformaciones más amplias entre un período emergente, y uno anterior que ha entrado en crisis. En cualquier caso, cabe la pregunta nuevamente: ¿Cómo, y por medio de qué acontecimientos, pueden estos modelos ser transformados?

Las perspectivas ontológicas en las escalas individuales y sociales

En principio, podríamos decir que los individuos amplían, enriquecen y modifican sus perspectivas ontológicas a partir de experiencias sociales de legitimación, es decir, lo que llamamos la formación mediada por la autoridad de las instituciones sociales. Un estudiante precisamente incorpora elementos nuevos que amplían su modelo, de manera tal que lo que puede observar luego de la formación es siempre mayor en sutileza (en cantidad y calidad) de lo que podía observar antes de esa formación. Por lo tanto nuestro mundo se ha expandido.

Esta transformación del modelo en el individuo tiene unas cualidades muy interesantes que merecen destacarse. Desde que ha entrado en crisis lo que se denomina el principio de autoridad, y ha sido reemplazado por el conocido principio de la experiencia personal han cobrado mucha importancia pedagógica lo que se denominan “experiencias directas”. La cuestión es bien simple: se considera

que es mejor para el aprendizaje del estudiante el hecho de tener un contacto directo con el fenómeno, que no leer sobre ello o que se lo cuente su maestro. Pero esta apología a una aparente inmediatez de las experiencias no debe ilusionarnos exageradamente; el acudir a “experiencias directas” no implica que el sujeto sea efectivamente una tábula rasa frente al fenómeno. En verdad el sujeto va “bien preparado” para filtrar las buenas experiencias de las malas, así como para recortar de la experiencia lo que su comunidad considera pertinente. Lo primero que debemos advertir es que toda “experiencia directa” que se propone a un sujeto en formación está ya mediada por la institución que reconoce a esa experiencia y no otra como la experiencia significativa y pertinente que el sujeto debe protagonizar. Nadie le dice a un estudiante adulto o a un niño “ve a la realidad y realiza experiencias”: la actividad comienza con el recorte del mundo de experiencias posibles a una experiencia o a un conjunto determinado y finito de situaciones experimentables que se consideran socialmente deseables para ese sujeto en esa instancia de su formación. Pero además ocurre que para realizar la experiencia directa hay que estar preparado, hay que saber qué cosas podría llegar a presentarse, a qué debemos prestar atención, etc. Ahora, resulta obvio que si no hemos tenido aún ninguna experiencia con esa situación en particular, no podemos por nosotros mismos tomar esas decisiones; sólo podemos tomarlas de aquellos que ya han participado de esas experiencias y que regulan nuestra propia acción en la realidad de la situación. Por lo tanto, la “experiencia directa” es una experiencia absolutamente mediada; que el sujeto sea invitado a tomar contacto con la corporeidad del fenómeno en cuestión no significa en modo alguno que haya una ausencia de mediaciones.

De todo esto se infiere que la ampliación de los modelos en el individuo implica producción y novedad para el sujeto, pero reproducción y conservación para el todo al cual pertenece; cuando el individuo enriquece sus modelos por medio de las instituciones, las instituciones se reproducen por medio de ese individuo. Es decir, la transformación en el individuo supone el descentramiento de su marco epistémico anterior (supresión con conservación) y el recentramiento en el nuevo marco interpretativo.

¿Pero los modelos de las instituciones mismas pueden modificarse o tan sólo los individuos padecen estas transformaciones y movimientos de sus estructuras? Aquí nos encontramos con el mismo dilema anterior: si las instituciones no pudieran modificar sus perspectivas, los individuos estaríamos condenados a una idéntica interpretación en el tiempo y en el espacio. Si bien es verdad que en la dimensión biográfica de un individuo quizás la perspectiva ontológica de su sociedad no se modifique sustancialmente, en la dimensión de la historia de la Sociedad esos modelos protagonizan diversos tipos de mutaciones. ¿Cómo y por medio de qué elementos las instituciones pueden a su vez ser ellas mismas modificadas en sus concepciones sobre las experiencias?

Una primera respuesta sería que los individuos modifican a las instituciones a partir de sus interpretaciones que eventualmente se desvían de lo aceptado. Pero esto tiene el inconveniente de que debemos explicar cómo es que ese individuo pudo ampliar su propio modelo sin recibirlo a su vez de una institución social. Por lo tanto, si no queremos caer en el postulado del genio, tenemos que admitir que el individuo siempre recibirá los modelos de las instituciones que se le imponen, y que son la única experiencia humana empíricamente conocida capaz de trascender al individuo (Durkheim, E; 2008). Por otra parte, y aún cuando fuese posible que el individuo produzca interpretaciones desviadas, siempre cabe la pregunta ¿por qué razón el sistema va a admitir la desviación que el individuo propone?

Nos queda únicamente la posibilidad de que la sociedad misma y sus instituciones puedan modificarse a partir de su propio movimiento y acción. Ahora bien ¿de qué depende que una institución social (como la ciencia, por ejemplo) pueda ampliar sus modelos ontológicos? Aquí cabe una primera respuesta, que no por banal deja de ser atendible a saber: debe ser del caso que la realidad observable se haya transformado, es decir, que haya aparecido una realidad nueva, y

entonces la sociedad se adaptará a tales cambios alterando sus modelos interpretativos. Pero esta respuesta tiene varios inconvenientes, entre los cuales el menos grave sería: ¿cómo o en qué circunstancia es pensable que la sociedad se habría de adaptar a un cambio externo? Para que eso ocurriese, primero debería la sociedad ser consciente de esa transformación, lo cual supone la capacidad de observar novedades, lo cual es precisamente lo que se busca explicar. El otro inconveniente es que se asume que la realidad es interpretada por las sociedades de un modo unilineal y groseramente objetivo. Este modo de concebir separadamente al sujeto cognoscente de la cosa conocida o a conocer, es lo que permite sostener que eso que llamamos *realidad exterior* tendría una forma de existencia específica y propia, a la cual el sujeto sólo podría acceder *abstrayéndose*.

Lamentablemente esta última proposición es fácilmente refutable: la realidad de la materia cuántica que hoy se admite en los cenáculos académicos, no sólo se la admite como algo con que se puede experimentar de algún modo particular determinado (creado artificialmente por la misma Ciencia que lo ha descubierto, debe decirse), si no que además se admite que su realidad no se inaugura desde el momento en que se la descubre, si no que se presume como obvio que dicha materia existía también en el mundo antiguo. Sin embargo, para los físicos de la naturaleza de la época antigua dicha materia cuántica no tenía existencia alguna, aunque se supone que estaba allí para ser experimentada. Esto último se puede interpretar de dos maneras distintas o bien las sociedades pueden coexistir largo tiempo con una realidad sin tener la más mínima capacidad de hacerla perceptible; o bien lo que hoy es realidad para nosotros, no lo era para los antiguos.

Por lo tanto, si las perspectivas de las sociedades se modifican no es porque emerge una realidad externa a la sociedad que ahora se le manifiesta como desde afuera, sino que las perspectivas se modifican como consecuencia de la transformación de la sociedad misma, por medio de sus contradicciones y movimientos internos. Sólo podemos observar lo que producimos como lo observado, es decir, sólo podemos observar nuestras producciones como una manera sublimada de observarnos a nosotros mismos en nuestras relaciones de mediación.

Hemos dicho que los sujetos en su existencia aislada e individual no tienen posibilidad de modificar la realidad social, por un lado porque los modelos que ellos actúan individualmente provienen del mundo social, es decir, no son un producto de su singularidad; por otra parte, y aún si fuese posible algún nivel de subversión individual en relación al todo social, nos encontraríamos con que los modelos sociales no son pasivos frente a las acciones individuales, precisamente porque los hechos sociales, no son el conjunto que resulta de las acciones individuales. El todo social se resiste por medio de las coerciones a que los individuos se desvíen de aquello que lo social les impone, pero nada de esto impide que los sujetos conformando formas de organización puedan tener ciertos efectos de desestabilización en el mundo social.

A modo de conclusión provisoria

La modelización no surge sólo de la interacción sujeto-objeto sino de los procesos de mediación, cualificación y consagración (narrativos). De allí que los modelos que ponen en escena los inventores e innovadores no pueden ser explicados en abstracción de los vínculos sociales en que éstos se desenvuelven. Se propone entonces una compleja dialéctica individuo-sociedad, por medio de la cual el individuo cualificado por su medio está en la condición insólita de movilizar al todo social y de afectarlo.

El objeto es para mí eso que yo hago con el objeto. Por lo tanto, los límites reales de mi representación serán a su vez los límites materiales de mi acción, pues los límites de mi acción están cartografiados sobre los límites de mi representación sobre el objeto. Asimismo, los límites de mi representación es reproducción de las relaciones sociales que yo he producido junto a otros, y cuya

estructura se me impone al mismo tiempo como una posibilidad pero también como límite.

Bibliografía Citada

- Carlón, Mario (2006) *De lo cinematográfico a lo televisivo. Metatelevisión, lenguaje y temporalidad*, Buenos Aires, La Crujía.
- Durkheim, Emile (2008) *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Losada.
- Fernández, José Luis (2008) “La construcción de lo radiofónico: modos de producción de la novedad discursiva”. En *La construcción de lo radiofónico*, cap. I, Buenos Aires, La Crujía.
- Fratlicelli, Damian (2008) “El nacimiento de las transmisiones deportivas o de cómic la radio comenzó a construir acontecimientos sociales en directo”. En *La construcción de lo radiofónico*, cap. V Buenos Aires, La Crujía.
- Kant, Immanuel (1957) *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires, Losada.
- Ladrière, Jean (1977) *El reto de la racionalidad*, Salamanca, Sígueme.
- Peirce, Charles Sanders (1987) *Obra lógico semiótica*. Madrid, Taurus.
- Samaja, Juan Alfonso (2013) “Del cinematógrafo al cine. Historia del Tiempo y de la Subjetividad Cinematográfica”. En *Escritos sobre Audiovisión N° 5*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús.
- Samaja, Juan Alfonso (2007) “La función trascendental de los modelos en la innovación tecnológica. El caso de la cinematografía”. En *Perspectivas Metodológicas*, Año 7 Núm. 7, Buenos Aires, Universidad Nacional de Lanús.